

sario combatir esta gran sinrazon, exhibiendo ante los hombres ilustrados vuestros titulos de moralidad e instruccion, i aumentando vuestros esfuerzos para llevar al mas alto grado vuestros merecimientos. Así, salvando vuestro porvenir salvareis la Universidad nacional, i tambien librareis a la República del oprobio de ver una vez mas a sus lejisladores empuñando el martillo del bárbaro para demoler los establecimientos de instruccion pública.

Inmediatamente despues ocuparon la tribuna los alumnos Diógenes Arrieta i Evaristo García, i pronunciaron los siguientes discursos:

CIUDADANO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA:

Habeis puesto en mis manos los diplomas con que la Universidad nacional ha querido premiar mis escasos adelantos.

Yo, al recojer vuestras palabras con todo el respeto que debo al primer majistrado de mi patria, he experimentado un deseo vehemente de hablaros desde esta tribuna. Dignaos escucharme, i por si mi completa ineptitud no me permitiere llenar satisfactoriamente mi objeto, de antemano os repito lo que dice un escritor inglés: la ceguedad del entendimiento merece tanta compasion como la de los ojos.

Era en abril de este año. Una corporacion respetable, que contaba entre sus miembros a muchos de nuestros mas ilustres compatriotas, os delaró, en este mismo recinto, el guardian de los destinos de la Nacion.

Yo presenciaiba por primera vez ese acto tan significativo en la vida de las Repúblicas; seguia con mis ojos, desde la barra, las impresiones de vuestro semblante, tratando de leer en él vuestro pensamiento, i ansiaba que dieseis a conocer el programa que os proponiais seguir en vuestra administracion; pues, hijo de Colombia como soi, la sola idea de su bienestar me ha entusiasmado vivamente desde niño.

Oí que prometisteis dedicaros con afan a difundir la instruccion por toda la República.

Yo que acababa de abandonar el hogar de mis padres por venir a esta capital en busca de la ciencia, recojí con positiva satisfaccion aquel ofrecimiento hecho para todos, i aguardé a que llegara un dia en que me cupiera la honra de hablaros sobre ese compromiso que en momento tan solemne contrajisteis con todos los colombianos.

I el dia ha llegado. Hoi que os veo distribuyendo premios a la juventud estudiosa, i estimulándola en sus nobles propósitos; hoi que veo la atencion que os merecen todos los establecimientos de educacion; hoi, en

fin, que he palpado el interes que os inspira la instruccion publica, ciudadano Presidente, permitidme que os diga que os corresponde una parte de las palmas i laureles que recojerá en todos los campos de la ciencia esta jeneracion que hoi se levanta.

Yo asi lo creo; i no lo dudeis, os hablo con sinceridad, pues a fe que habria lamentado los extravíos del mandatario perjurio, con la misma franqueza con que aplaudo la honradez del Majistrado fiel a sus promesas.

La Nacion, que vijila constantemente sobre la conducta de sus Representantes, os ha visto marchar hasta hoi por la senda que vos mismo os trazasteis al ocupar el solio presidencial. Si asi continuareis hasta el fin; si no olvidareis que como gobernante i como ciudadano os debeis por completo a la felicidad de vuestra patria, la historia, que, como dice Legouvé, es la voz de Dios, os hará cumplida justicia.

Oh, sí . . . ! por vuestro bien i el de esta tierra de nuestras afecciones, no olvidareis que a los Majistrados les espera, como mui bien se ha dicho: "la roca Tarpeya, o la corona cívica del Capitolio."

¡Dignos Representantes de las naciones extranjeras, salud . . . ! Vos, hijo de la noble Inglaterra, a quien tanto inspira el progreso de las letras en Colombia, teneis en pago el reconocimiento de todos los colombianos. Eso es lo mas valioso que se os puede ofrecer, i lo que con mas satisfaccion debeis aceptar.

Vosotros, señores Rectores i Catedráticos, i vosotros todos, hombres jenerosos que os dedicais a la instruccion de la juventud: tened presente que los pueblos saben siempre legar agradecidos a la posteridad con aureolas de gloria los nombres de sus bienhechores.

I si alguna vez encontrareis por galardon la ingratitud, pues el corazon humano es esencialmente voluble, recordad que la cruz i el Calvario fueron la recompensa del Gran Benefactor de las naciones, de Aquel que "vino a su heredad i los suyos no lo recibieron," segun la palabra de San Juan.

Continuad; i no os arredreis por el paralelo de Reynal, que pretende derivar ventajas del estado del hombre salvaje sobre el del hombre civilizado, pues la sana razon, que se scandaliza de tamano absurdo, iguala las reflexiones de aquel filósofo, en este respecto, al necio llorar de Heráclito en presencia de la armonia del universo i de las verdades de la filosofia.

Vosotros, compañeros: pensad que hai una parte importantísima de la especie humana en la cual está vinculado el porvenir de las sociedades: la juventud.

Palanca poderosa que tiene el punto de apoyo que faltaba a la de Arquímedes, ella puede mover el mundo entero, i cambiar completamente la faz de las naciones.

Ciceron, diciendo que la juventud es siempre jenerosa, que jamas in-

clina su frente ni ante el puñal de los demagogos ni ante el cetro de los tiranos, no lo ha dicho todo.

Abrid si nó la historia, i encontrareis que desde Alejandro, que al disponerse a llevar en triunfo sus lejiones desde el Pindo hasta las orillas del Gánjes, da cuanto tiene a sus favoritos sin conservar para sí mas que *la esperanza*, segun sus propias expresiones; desde Rómulo, que contando apénas 18 años pone los cimientos de la ciudad-ciudadela que debia llevar el terror a sus águilas hasta las extremidades del mundo; encontrareis, digo, que cuanto grande i prodijioso rejistran los anales universales, ha sido el patrimonio casi exclusivo de la juventud.

Jóvenes . . . ! De vosotros depende en gran parte la felicidad de nuestro país, pues los hombres que consagran sus desvelos a la honrosa tarea de procurar el bien del suelo donde han nacido, llevan como una inmensa i rica cadena, que al descender al sepulcro depositan en manos de la juventud.

I por cierto que no teneis que ir a buscar modelos en las naciones extranjeras: la América los tiene.

Ahí teneis a Cáldas, a ese jenio asombroso que, principiando por inventar los instrumentos de que habia de servirse para arrancar a la naturaleza sus secretos, ve llegar respetuosamente a su presencia al mas ilustre de los viajeros modernos.

Teneis a Ricaurte, que con una mano enjuga las lágrimas de una mujer amante, i con la otra arroja la chispa fatal que ha de aniquilar su vida, su amor i su brillante porvenir, pero tambien a los enemigos de su patria. I para decirlo todo, ahí teneis a Bolívar, "jigante de un gigante continente," que colocado en un plato de la balanza, necesita para contrapeso todo un mundo, con sus mares i sus ríos, con sus montañas i sus volcanes

¿Pero nuestra admiracion se limitará a los grandes hombres de la América? ¿Son ellos nuestros únicos modelos?

No . . . Mútis! las brisas del Guadalquivir mecieron tu cuna, pero serás en el cielo de Colombia una estrella que nunca se apagará . . . I tú, Linneo, hijo de Kashut, honra i orgullo de Suecia, tambien tenemos tributos para tu gloria, adoracion para tu nombre.

I tú, "patria de mis padres," oh Colombia . . . !

El ultimo soi de tus hijos, pero quizá el primero en desear consagrarse a tu bien mi pensamiento i mi vida, que es todo quanto poseo. I si no me fuere dado tomar el fusil o la espada contra el extranjero que llegue a tus fronteras; si no consiguiere dar mayor ensanche a tu riqueza, mayor lustre a tu nombre con la solucion de problemas económicos i filosóficos, sí mezclaré mi voz a los sublimes rumores de las olas del Atlántico, para cantar el heroismo de la inmortal Cartajena, para cantar tus glorias, oh Colombia! porque tuyas son las glorias de tus hijos.

SEÑORES:

Habiendo mostrado algunos de los respetables profesores de la Escuela de Medicina el deseo de que un alumno de ella tome la palabra en la presente sesion, i el de que sea yo quien lo haga, honrosa distincion que he recibido lleno de reconocimiento, me permito ocupar la atencion de los concurrentes hablando sobre un asunto perteneciente a la ciencia a cuyo estudio me he consagrado.

En los tiempos primitivos se definia la medicina *el arte de curar*. Nacida del instinto, hija de la necesidad, ella ha comenzado, como todas las ciencias i todas las artes, por prácticas populares. En el estrecho círculo de familia, asemejada a la ciencia de los augurios, la medicina vino a ser una especie de patrimonio sacerdotal, hasta que el juicio ilustrado por la observacion, haciéndola progresar incesantemente, la ha puesto al lado de las ciencias experimentales. Ensanchando sus límites, no tiene ya por único objeto curar las enfermedades, sino tambien conservar la salud i procurar la perfeccion fisica del hombre. Pero en medio de sus evoluciones sucesivas, ella no ha salido jamas del círculo de la terapéutica, de modo que el criterio universal de la verdad en medicina, el juicio supremo del valor de los descubrimientos que se refieren a esta ciencia, no es otro que el empleo de la *prueba terapéutica*, no de una manera vaga i jeneral, sino de un empleo racional i metódico.

I qué es la terapéutica? Jeneralmente, fuera del mundo médico, aun las personas mas ilustradas conservan a este respecto las mismas ideas que dominaban en los tiempos primitivos, es decir, las de que la terapéutica es el arte de curar a todo trance las enfermedades, con fórmulas deducidas de un empirismo grosero e irracional. De este lamentable error provienen los privilejos i permisos concedidos por la sociedad, siempre amiga de lo maravilloso, a esa turba de charlatanes i taumaturgos que tan hábilmente saben explotarla, i que impiden que la terapéutica sea tan útil como debe serlo; de semejante creencia proviene que poetas, filósofos, escritores de todo género, hayan ejercitado su verbosidad satírica contra la certidumbre de la medicina.

I cosa rara! Esos espíritus fuertes e incrédulos, esos detractores violentos del arte de curar, cuando el infortunio los tiende en el lecho del dolor reclaman apresuradamente los auxilios del práctico.

Hai quien exija que la medicina sea infalible i que los resultados de su aplicacion sean ciertos, hasta en asuntos i en casos que quedan mas allá de los límites que ella misma se ha señalado. Ignorarán acaso los que lo hacen, que no puede exijirse tanto de ninguna ciencia humana, ni siquiera de las llamadas exactas, las que no han podido resolver muchos problemas que caen bajo su dominio.

Es, pues, esencial que el público se forme una opinion razonada sobre

el grado de confianza que puede poner en la medicina, investigando el principio fundamental de esta parte de la ciencia, que se ocupa del *tratamiento* de las enfermedades.

Es un instinto natural e irresistible, que se hace sentir en el ignorante como en el sabio, en el habitante de los bosques como en el ciudadano, lo que ha inspirado al hombre la aversion al dolor, el temor a las enfermedades i a la muerte, i el deseo de librarse de ellas. Pero en el curso ordinario de la vida la experiencia muestra que al individuo que se ve con un brazo fracturado o con una arteria rota, la naturaleza impotente le dejará mutilado, o le dejará sucumbir por la perdida de sangre, tal vez cuando se encuentre mas lleno de vida i de salud.

De aquí el que los hombres hayan adquirido la conviccion de que la naturaleza es incapaz por sí sola de reparar muchos accidentes, i de que era necesario valerse de todos los medios que les suministrara su industria para evitar esos males. I mui luego los hubo que se distinguieron por su habilidad, trasmitiendo a otros el fruto de sus observaciones.

Las descripciones mas o ménos completas de las enfermedades i de los tratamientos que se les oponian, fueron aumentándose por la adicion de observaciones nuevas, i se hizo indispensable disponer los materiales en cierto orden que permitiera encontrar los datos de que se tenia necesidad, i que se tomaban por regla de conducta.

Esta práctica estaba basada sobre un principio evidente, claro, infalible como un axioma, que se puede formular así: *Toda medicacion que ha curado una enfermedad, debe curar igualmente todas las enfermedades análogas a la primera.*

Ha existido, pues, un principio universal de la medicina práctica, que la ha guiado en sus progresos; i si en su oríjen solo se contentaban con semejanzas superficiales, sin cuidarse de la naturaleza de las enfermedades ni de los efectos fisiológicos de los medicamentos, hoy no se toma por guia ese axioma de terapéutica con tanta lijerezza. Para ponerlo en práctica han sido necesarias las investigaciones mas asiduas, las meditaciones mas profundas sobre los signos caracteristicos de las enfermedades; las luces suministradas por el conocimiento de las ciencias naturales i de todos los ramos del saber humano, para apreciar la identidad de los medios curativos; la indagacion de las modificaciones secretas del organismo para dirijir el tratamiento mas conveniente a cada especie de enfermedad.

En resumen, la medicina ha estado siempre en posesion de un *principio*, i ha progresado por un *método*. Está colocada naturalmente al lado de las ciencias que tratan de las cosas sensibles, como la física i las demás que se comprenden en la historia natural. Los jenios médicos han ensanchado sus límites, siguiendo el método que todos los grandes filósofos han seguido; es decir, abstrayendo por el pensamiento lo que hai de comun

en los hechos conocidos por la observacion, para formar jeneralidades poco extensas, i elevarse despues por grados a otras jeneralidades mas i mas vastas, mas i mas abstractas.

Los conocimisntos de esta ciencia, aplicados a la humanidad, es lo que constituye el arte. ¡Pero cuánto hai de grande, cuánto de sublime i elevado, cuánto de heróico en la mision del médico!

Profundos conocimientos, deducciones razonadas, constancia incontrastable, virtud acrisolada i caridad sin límites: tales son las condiciones que distinguen al verdadero médico del audaz empírico.

Para que pueda probarse mi asercion, debemos dirijir una rápida mirada ácia las diferentes posiciones que por su profesion puede ocupar en la sociedad.

Su teatro en las familias está siempre en medio de los sufrimientos, de la desesperacion i de la amargura, sin atender a categorías sociales; aprecia, a la cabecera del que padece, todas las circunstancias físicas i morales, propias para restituir la armonía de las funciones de la vida; vuelve al desgraciado la existencia que se le escapaba, i que sin su auxilio inevitablemente perderia, sumiendo a sus deudos en el luto i la orfandad; tiene delante de sí el triste drama de la agonía, i cuando las últimas miradas del moribundo quieren leer en su semblante el pronóstico de su destino, conserva una cristiana serenidad para no extinguir con sopro despiadado esa luz que solo se apaga en la tumba, para no poner término a la esperanza, especie de prisma al traves del cual se ven las imájenes con bellos coloridos hasta el último suspiro de la vida.

Los que miran como objeto absoluto de la medicina la curacion de las enfermedades, tal vez deducirán de este precepto noble i elevado del arte, las pruebas de su incertidumbre. ¡Que terrible seria entonces el camino que recorre la humanidad doliente, si reconocida la impotencia del arte, se le abandonara en su desgracia! No son los dolores que corroen los huesos, ni el ardor de las carnes que se desgarran, lo que hace humedecer las mejillas de los hombres resignados; sus quejidos se escapan cuando abandonados de todos, en medio de su desesperacion i amargura, no encuentran ni una voz condolida que los llene de consuelo i esperanza.

Pero dejemos estas tristes escenas del hogar, de donde el médico saca siempre la grata conviccion de haber hecho el bien, recibiendo muchas veces por única recompensa la ingratitud. Veámosle en un campo mas extenso, aplicando sus conocimientos al bienestar social i a la perfeccion fisica del hombre.

Allí, examinando el clima que habitamos, el aire que nos vivifica, los alimentos que nos nutren, los vestidos que nos cubren, las pasiones que nos ajitan, las instituciones que nos rijen, aprecia las maneras como cada uno de los elementos que nos rodean modifican nuestros órganos, para

prescribir las reglas de la higiene. Jenner, descubriendo la vacuna, libra a medio mundo de una muerte casi cierta i de una deformidad segura. ¡He aquí los inmensos resultados de un solo paso dado en el progreso de esta ciencia!

Desgraciadamente en nuestro país poco se cuidan del cumplimiento de estas leyes, deducidas de la experiencia, i por eso año por año veremos disminuir la duración media de la vida, i aumentarse el número de las víctimas en muy temprana edad: i no se diga que la medicina es impotente para prevenir el mal; ella dice, por ejemplo: *quitad los focos que exhalan miasmas deletéreos, i vereis disminuirse la mortandad.* De otro modo, bien sabido es que, existiendo la causa, es imposible hacer desaparecer completamente el efecto.

Si ahora aplicamos los conocimientos de la medicina en nombre de la justicia, en los procedimientos civiles i criminales, no dejaréis de reconocer la importancia del médico en este sagrado ministerio.

Defender al inocente a quien se le imputa la muerte de un suicida; decidir de la vida i del honor de una persona; someter al rigor de la justicia al criminal que quita a otro la existencia con una pequeña dosis de veneno; determinar la realidad de un infanticidio, de una enfermedad simulada, de la depravación de las facultades intelectuales; dar o quitar una inmensa fortuna en los juicios de sucesión: he aquí algunas de las importantes cuestiones que pueden someterse a su decisión. Se comprende fácilmente el grado de independencia que debe caracterizarlo para no doblegarse al interés; el culto que debe rendir a la verdad i a la moral para no desnaturalizar los hechos que deben someterse a la decisión de los tribunales.

I qué diremos de la misión del médico en medio del combate? Séame permitido, ahora que el estampido del cañón se deja oír en el centro de la Europa, trazar un cuadro de lo más grande i lo más heroico que ofrece la humanidad: el cirujano en medio de los horrores de la guerra. Ha llegado el momento en que el cañón, última razón de los reyes, va a ahogar la voz de la diplomacia. Qué viene a ser del médico en este momento supremo? Qué sentimientos le animan? Lo que se desarrolla en él es alguna cosa sobrenatural; es Machaon, es Podalirio arrostrando la muerte sin darla. Cuando todo es tumulto i confusión a su alrededor, conserva la inalterable sangre fría, no del corazón estoico de que habla el poeta, i que vería sin conmoverse hundirse el mundo; sino la sangre fría que inspira el amor a la humanidad. Vedle allá de rodillas cerca de un soldado moribundo; una nube de proyectiles aturde sus oídos, pero él no los oye, toda su atención la absorbe su paciente.... La lucha ha cesado; el campo de la matanza está cubierto de cadáveres. Aquí, una voz lamentable sale de entre estos montones horribles de restos humanos; allá se mueve i ajita un objeto en medio de las carnes confusamente destrozadas: es un herido, un

moribundo. La noche ha llegado, i el soldado se retira a sus tiendas. Pien-
sa acaso en los compañeros que ha dejado atras? Miéntras que todo es
embriaguez en el campo, miéntras que los jefes felicitan a los que la ca-
sualidad ha permitido distinguirse en medio de los torbellinos de humo, i
los hacen entrever la felicidad de una recompensa; miéntras que el gran
clamor del entusiasmo impide que los jemidos lleguen hasta ellos, el mé-
dico acaba apénas su jornada; recoje los heridos, i cuando ha formado su
lúgubre cortejo, se encierra con ellos en ese lugar indescriptible que se
llama un hospital de campaña. Si su posicion ha sido peligrosa en el cam-
po de batalla, aquí lo es mucho mas! Allá tenia el aire, había espacio;
aquí se encuentra en medio de las mas nocivas exhalaciones; sus vestidos i
su cuerpo están impregnados de ellas. Sus fuerzas no tardan en decaer,
pero el alma ha conservado su constancia, el corazon su enerjía; la muerte
le ha penetrado por la sangre; una fiebre mortal le consume: sin embargo,
resiste todavía; cadáver anticipado, se le ve arrastrarse de lecho en lecho;
pero al fin cede. . . . muere, i su último pensamiento está consagrado a sus
pobres heridos. . . .

Sin entrar en discusiones profundas, he querido, aunque someramen-
te, poner al alcance de todas las intelijencias esta verdad: que la medicina
es una ciencia reconocida por tal en todo el mundo civilizado, i que los
progresos hechos en cualquiera de sus ramos son de una utilidad incon-
testable para la humanidad. En consecuencia, son aventurados e injustos los
juicios que no solo la parte ignorante sino hasta algunos hombres de los que
pertencen a la ilustrada de nuestro pais, se han formado acerca de su objeto
i de su certidumbre; i es mas lamentable que en sus raptos de imaginacion
i de maravillosas alucinaciones, hayan pretendido dar apoyo a la ignoran-
cia empírica, deprimiendo el verdadero mérito científico.

Que la medicina, lo mismo que las otras ciencias, progrese a la sombra
de la Universidad de Colombia, aplicando sus conocimientos en beneficio
de la patria, son mis votos; i mis mas ardientes deseos, son los de que
nuestros queridos profesores tengan la satisfaccion de ver así recompensa-
da la noble labor que principiaron en nuestra tierra, el padre Isla, Tejada,
García, Merizalde, Quijano, Osorio, Leon Vargas, i otros profesores que
en tiempos menos propicios que los nuestros para el estudio de las ciencias,
fundaron entre nosotros el de la medicina. He dicho.

El señor doctor Mallarino, Director jeneral de Instrucción pública,
invitado por el señor Rector, ocupó la tribuna i dirigió un bellísimo dis-
curso a los jóvenes alumnos, estimulándolos en la vía en que tan notables
adelantos habían hecho, haciéndoles ver la ilustración como fuente i base

de la futura prosperidad de la nación, i concluyó excitándolos a ponerse de pie, como lo hicieron, para saludar con él las sombras de los mártires de la patria, cuyos retratos adornaban el salón.

La sesión solemne estaba concluida.

Los alumnos mas distinguidos habían recibido el diploma de honor que recompensaba sus tareas, i que al mismo tiempo que un estímulo para ellos, lo era para los que, menos afortunados, no habían conseguido por grata recompensa, pero que tenían abierto el campo para conquistar tan honorífico premio en la próxima lid universitaria.

Habían sido entregados los premios especialmente destinados a varios discípulos como recuerdo de su consagración al estudio i de una conducta ejemplar.

La Universidad nacional comprobaba una vez mas que no eran estériles los gastos hechos en su sostenimiento, i que habrá derecho para fundar esperanzas en la juventud que en este instituto se educa, i el voto unánime por su prosperidad cerraba la sesión solemne i el año escolar de la Universidad nacional.

DONACION DE PREMIOS.

Noviembre 21 de 1870.

Señor Rector de la Universidad.

Hágame usted el honor de aceptar, para que sean distribuidos como premio a los alumnos que usted o los respectivos catedráticos designen, las siguientes obras:

Taylor, Medicina legal.

Hitchcock, Jeología elemental.

Prescott, Conquista de Méjico.

El mismo, Fernando e Isabel.

Con sentimientos de distinguida consideración tengo el honor de suscribirme su atento servidor i compatriota.

ANÍBAL GALINDO.

Número 112.—Universidad nacional de los Estados Unidos de Colombia.

Bogotá, noviembre 21 de 1870.

Al señor doctor Aníbal Galindo.

A nombre de la Universidad doi a usted las debidas gracias por el obsequio que se ha dignado hacer de cuatro libros para premiar con ellos a los alumnos que designen los respectivos Consejos de las Escuelas.

Los premios se adjudicarán del modo siguiente:

La obra de Taylor, a un alumno de la Escuela de Jurisprudencia;

La de Hitchcock, a uno de la de Ciencias naturales;